

FICHA DE FORMACIÓN

Hilo Negro



186



Hablemos de racismo

Es muy posible que un gran porcentaje de españoles sepan quién es Georges Floyd y tengan una opinión formada sobre el racismo en EEUU. Numerosas personas conocidas han mostrado su apoyo públicamente al BLM. ¿Curiosamente? casi nadie conoce el nombre de Daniel Jiménez o Manuel Fernández (gitanos muertos en custodia policial), Eliazar e Ilyas (menores con enfermedades mentales muertos por contenciones brutales), Osamuyi (asfixiado por la mordaza con la que se le deportaba en un vuelo a Nigeria), Samba Martine (que agonizó varios días sin recibir la atención médica que reclamaba en el CIE de Aluche), ni de los 15 asesinados en el Tarajal ni de los innumerables “suicidados” sin autopsia ni investigación en las cárceles, CIEs y centros de “acogida” de menores. Ni, por supuesto, de los cientos de personas ahogadas que son enterrados sin siquiera investigar su nombre ni procedencia.

No podemos solucionar el racismo en EEUU, ni tiene sentido establecer competiciones de mayor o menor racismo, pero quizá esta reciente atención mediática sea buena ocasión para reflexionar sobre la situación en nuestro país, en nuestro entorno y hasta en nuestras organizaciones. Como el machismo, no es una cuestión personal sino estructural y como tal ha de tratarse. No sólo deberíamos conocer los nombres de las personas más afectadas sino los procesos que tuvieron lugar para llegar a la

situación de desigualdad presente. Tampoco es casual que nos sea mucho más conocido el holocausto judío que el intento de exterminio de los gitanos por parte de nuestro muy ilustrado marqués de la Ensenada.

Empecemos por repasar las ideas básicas. Está demostrado que no existen las razas biológicas, pero siguen existiendo como construcción social y por eso se habla de racismo y de personas que han sido racializadas (en la inferioridad o en la superioridad, aunque se suele hablar de racializadas a secas para las que se les asigna inferioridad). Tampoco existe el racismo antiblanco, al igual que no existe el hembrismo, porque el racismo no es un prejuicio personal, sino que necesita de todo un entramado sociocultural, político y económico que se traduzca en la dominación efectiva de un grupo sobre otro.

¿Y qué quiere decir que existen como construcción social? El racismo no es algo consustancial al ser humano. Sí es consustancial al cerebro humano el crear categorías (ellos-nosotros, blanco-negro, joven-viejo) pero las características, positivas o negativas, que les atribuimos no son innatas sino inculcadas desde la infancia y resultan muy difíciles, aunque no imposibles, de deconstruir. A lo largo de la historia, los procesos de intensificación, justificación, teorización y hasta legalización de todas las clases de racismo jamás han sido espontáneas, sino que se han correspondido con momentos en los que se nece-

sitaba justificar la esclavización, explotación, expolio o exclusión de una parte de la población por parte del grupo dominante del momento o desviar hacia ellos la indignación en situaciones de crisis. Los ataques masivos a judíos y el concepto de limpieza de sangre del sXIII, tras más de un milenio de estancia en Europa Occidental, surgen en el contexto de la peor pandemia hasta el momento: la peste negra. Las teorizaciones de Voltaire o de Gobineau sobre la superioridad de la raza blanca surgen en paralelo a la “industrialización” de la esclavitud y al reparto de África por parte de las potencias europeas en su “misión civilizadora” (los ilustrados ya no pretendían cristianizar sino civilizar y, de paso, enriquecerse con el trabajo esclavo). El racismo fascista de principios del XX se tolera y hasta promueve por las élites en toda Europa ante el fortalecimiento de los movimientos obreros, asociando a los judíos con el comunismo y a ambos con todos los males. Y el racismo actual se fomenta y financia generosamente ante lo que posiblemente es la última crisis del capitalismo.

Hannah Arendt lo resumió bien al afirmar que el imperialismo europeo NECESITABA inventar el racismo como “única excusa para su comportamiento criminal”.

El interés de las élites en buscar chivos expiatorios y, a la vez, bolsas de personas excluidas de las que poder disponer a antojo es bastante evidente y comprensible. Resulta más difícil pero imprescindible entender cómo consiguen que la mayoría cooperemos en ese proceso. Fundamentalmente a través de dos procesos relativamente sencillos y que no han cambiado demasiado a través de los siglos. Por una parte, se crea un continuo goteo de noticias, inventadas o magnificadas, que asocian a una comunidad en concreto con algún hecho delictivo o rechazado y que exageran hasta hacernos sentir un miedo constante. En este proceso es más efectiva la ficción que las noticias. Cuanto más emocionales son los mensajes que recibimos, más imborrable es su efecto en nosotros. Las historias personales y las imágenes impactantes se graban en nuestra memoria, aunque sea de manera inconsciente, mucho más que una descripción profunda pero desapasionada. No fue casual el interés de la CIA por controlar Hollywood. Por otro lado, se toman medidas concretas que hacen que el grupo elegido compita directamente con otros grupos desfavorecidos, pero no racializados: segregación en barrios con escuelas y centros de salud infra-dotados, asignación a puestos de trabajo irregulares o poco cualificados... Esa marginación real, sumada a los mensajes que recibimos, acaba produciendo la deshumanización de ese colectivo. La mayoría de la población ya no percibe a ese grupo como iguales sino como una amenaza y como merecedores y/o causantes del tratamiento que reciben. Resulta triste e irónico pensar que a la población negra se la describió sistemáticamente como vaga y violenta durante los varios siglos en los que el capitalismo se construyó literalmente sobre sus espaldas en los campos de algodón y caña de azúcar en los que sufrió todo tipo de violencias a diario.

Prueba de lo manipulable que es la idea que nos hacemos de los otros es que va cambiando a lo largo de la historia. Los árabes ya no son una cultura exótica y sensual y los africanos ya no son presentados como vagos y violentos. De estos últimos se presenta una imagen miserabilista, de pobres que no representan una amenaza individual-

mente sino por su inabarcable número y su atraso cultural, lo que justificaría la represión en las fronteras (y el negocio montado en torno a ello). Constantemente se habla de oleadas, avalanchas... en la prensa, a pesar de que los subsaharianos representan un porcentaje ínfimo entre el total de migrantes que, en su mayoría, pueden entrar por vías legales que les son absolutamente vedadas a aquellos. En casi ningún caso se les da voz en debates sobre inmigración ni se les entrevista al dar una noticia sobre ellos. Son nadie.

Esta nueva fase de racismo, la habitual en nuestros días (aunque se está reactivando el racismo “tradicional”) se conoce en ocasiones con el nombre de inmigracionalismo (inmigración+sensacionalismo). Tras la segunda guerra mundial, aunque las autodenominadas democracias avanzadas siguieran aplicando políticas no muy diferentes a las de Hitler en sus colonias, el discurso abiertamente racista quedó proscrito. En estas últimas décadas se nos ha presentado frecuentemente las imágenes de ONGs (y ejércitos) ofreciendo “ayuda humanitaria” a poblaciones cuya pobreza era siempre presentada como debida a alguna catástrofe natural o a su primitivismo y su tendencia a enfrentamientos interétnicos y a la corrupción. La imagen del blanco salvador ha llegado a extremos absolutamente disparatados, si no fuera porque ya la tenemos tan interiorizada que ni nos extraña ver a cuasiadolescentes europeos “ayudando” y dando lecciones a africanos adultos en un medio que desconocen completamente.

Con mejores o peores intenciones, así se refuerza la deshumanización de las personas no blancas. Esta imagen creada es la que permite cosas como que, sin que esto produzca un escándalo, en Europa un tercio de los gitanos rumanos vivan sin acceso al agua potable y que se mantengan las leyes de extranjería que privan absolutamente de derechos y que incluso conducen a la muerte a miles de personas. A la mayoría de la población no le resulta chocante que se le pueda negar a alguien el derecho a desplazarse donde y cuando quiera, a trabajar con un contrato, a tener acceso a la salud, a que le sean reconocidos sus estudios, a decidir sobre políticas que les afectan... Tan arbitraria e inhumana es la exigencia de papeles imposibles de conseguir como el tratamiento que daba Sudáfrica a los negros durante el apartheid. El apartheid europeo, como el sudafricano, tiene incluso escalas en la deshumanización: los venezolanos tienen más derechos que los marroquíes y estos que los senegaleses. Frente a todo esto y a la inacción de una izquierda que no coloca estos temas en el centro de sus luchas e incluso critica las “trampas de la diversidad” surge, en países con una historia migratoria más larga, el antirracismo político. Este movimiento se opone a un antirracismo dirigido por blancos y que se limita a una acción asistencialista o de denuncia en voz baja, que no cuestiona las raíces del sistema racista sino sólo sus expresiones más extremas. En nuestro país apenas está comenzando a tomar fuerza la autoorganización, en algunos casos semiclandestinamente por la ausencia de papeles, van surgiendo iniciativas como los diferentes sindicatos de manteros, Gitanas Feministas por la Diversidad, Poder Migrante...pero parece que aún falta para que esas voces estén presentes en todos los espacios de lucha como les corresponde ◀◀
